

JOSÉ LÓPEZ DE LA FRANCA Y GALLEGO

**ALFONSO XIII  
VISTO POR SU HIJO**

CONVERSACIONES CON SU ALTEZA  
DON LEANDRO ALFONSO DE BORBÓN RUIZ AUSTRIA,  
INFANTE DE ESPAÑA

mr · ediciones

## ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i> .....	11
Prólogo de Ricardo de la Cierva .....	13
Introducción .....	17
1. Mi padre, el rey Alfonso XIII .....	25
2. Mi madre y mi padre, el rey .....	53
3. Mis hermanos, los infantes .....	81
4. Mi padre y su amada España .....	127
5. Alfonso XIII «el pacificador» y la guerra del 14 .....	161
6. Un rey estadista .....	191
7. Alfonso XIII y la Iglesia católica.....	221
8. Las anécdotas de mi augusto padre .....	243
9. Los «hombres del rey» .....	265
10. Alfonso XIII y Franco .....	297

11. Mi padre y su pasión por las órdenes militares españolas	321
12. Las lágrimas de mi padre. 14 de abril de 1931 .....	347
13. La muerte de un gran rey .....	367
14. Alfonso XIII vuelve a España .....	381
<i>Anexo documental</i> .....	397
<i>Bibliografía</i> .....	433
<i>Archivos consultados</i> .....	439
<i>Índice onomástico</i> .....	441

## INTRODUCCIÓN

14 de agosto de 2005. El reloj de la esbelta torre de la catedral de las Órdenes Militares españolas marca las 17.01 horas mientras su campana hace retumbar su estrepitoso sonido sobre nuestros tímpanos. Una caravana de coches oficiales sale de la capital de la Mancha con dirección al sacro convento-castillo de Calatrava la Nueva. El Ford cuatro cilindros sedán matrícula M-25.620 que había pertenecido en tiempos al infante don Alfonso de Borbón y Borbón iba escoltado por dos Mercedes negros con agentes de las fuerzas de seguridad del Estado. En el interior del menesteroso Ford color beige crema viajaba su alteza real el infante de España don Leandro Alfonso de Borbón Ruiz Austria, acompañado de la duquesa de Sevilla, el conde de Clonard y un joven historiador. Conducía el coche el actual propietario de esa «reliquia automovilística», don Juan Enrique Romero Mena. Desde 1987 Calatrava la Nueva no recibía la visita de ningún componente de la familia real española, siendo don Juan de Borbón el último miembro de la corona en pisar tierra Calatrava. La presencia en Ciudad Real del único hijo del rey Alfonso XIII que ha sobrevivido a sus her-

manos era motivo suficiente para realizar una visita a la casa matriz de la Orden Militar de Calatrava.

Se estaba celebrando en esta ciudad el 750 aniversario de su fundación por el rey Alfonso X el Sabio, así como la conmemoración del primer centenario de la visita de Alfonso XIII a la capital del obispado-priorato de las órdenes militares 1905-2005. En plena canícula agostea, media treintena de vehículos en caravana se abrían paso por las sofocantes tierras de la Mancha, atravesando Calzada de Calatrava, conocida población donde nació mi paisano y amigo Pedro Almodóvar. Desde las calles de esta villa puede verse a lo lejos, alzándose impetuoso y desafiante a la eternidad de los siglos, el castillo roquero de Calatrava la Nueva. Iba yo indicando a su alteza el infante por entre los irregulares vidrios del Ford las trazas y características de fortificación de la descomunal fortaleza medieval. Íbamos sin saberlo «faciendo la vía del calatraveño». Recordaba en mi memoria algo dolida la genial poesía que escribió no hace muchos años el inigualable humanista Juan Adriánsens, cuando en dos de sus cuatro versos dice: «Calatrava, sagrario y fortaleza, imán piramidal, bastión y nido, monte santo por freires defendido, ¡gloria a ti porque en ti Castilla empieza!». Continúa este rapsoda con su cántico a Calatrava diciendo: «Si la piedra es archivo de memorias, dime, ruina, ¿tan grande es lo que callas?».

Ascendimos lentamente hacia el castillo por el camino caracolante empedrado mandado hacer en 1560 por Felipe II cuando éste pasó allí la Semana Santa. Cuando el Ford llegó a la explanada que hay frente a la denominada Puerta de Hierro, descendió el infante de España don Leandro Alfonso, apoyándose sobre un bastón de campo. Quedaba muy lejana la fecha en que sus hermanos los infantes Jaime, Juan y Gonzalo visitaron este monumental recinto fortificado en compañía de generales y parte de los miembros palatinos de la casa de S. M. el rey actuando de cicerón el doctor Narciso de

Estenaga, a la sazón joven obispo-prior de las órdenes militares españolas, en la mañana del 14 de abril de 1929, justamente trece días antes de que naciera don Leandro Alfonso, y dos años antes del golpe de Estado contra la corona. Mostré al infante y a sus ilustres acompañantes las riquezas arqueológicas y artísticas de este monumento nacional. Recorrimos los dormitorios, la hospedería, el campo de los mártires, lo que fue claustro, refectorio, hasta llegar a lo más alto de la torre del homenaje. Desde allí el paisaje es sobrecogedor para cualquiera que alce la mirada al infinito de esas llanas campiñas. Evoqué al orador Federico García Sanchiz, cuando dijo allí mismo, en 1935, a los académicos de la Lengua, la Historia y de las Bellas Artes de San Fernando: «¡Señores!, ¿no es esto Castilla?». Luego hice un reflexivo repaso de la historia de la Orden de Calatrava, despuntando sus luces y tinieblas en sus más de ochocientos cuarenta y siete años de existencia. Incidí en el agradecimiento y reconocimiento público hacia la figura del doctor Estenaga, que salvó de la irreversible ruina y total destrucción este monumento histórico, ya que no hubiera subsistido más de media década, si no hubiese ejercido una labor continua de protección por él organizada y sufragada de su pecunio particular, desde 1927 a 1936.

En aquella altiva torre don Leandro Alfonso me preguntó en privado sobre el estado actual de las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, tanto con la corona española como con la Santa Sede. Le expliqué al infante los aciertos y desaciertos de estas instituciones para con las Órdenes Militares, quedando hondamente preocupado éste por las mismas, a lo que me dijo:

—Mi augusto padre, que tanto hizo por el resurgimiento de las cuatro Órdenes Militares, no hubiera tolerado este abandono.

Durante más de media hora don Leandro Alfonso de Borbón me habló con mucha desenvoltura acerca de su padre el rey, sus vicisitudes, pensamientos y sacrificios, aunado a un acertado jui-

cio de valor sobre las distintas etapas del reinado de este monarca español. Fue entonces, respetado lector, cuando saltó la chispa que encendió la fe por este libro. El recoger los testimonios de un hijo de rey reinante, con las peculiaridades que rodean la vida de don Leandro Alfonso —único caso en el mundo— al ser reconocido por el poder judicial español como hijo de su augusto padre el rey de España Alfonso XIII de Borbón y Austria. Es decir, recuperar el pensamiento, los sentimientos y los anhelos de don Leandro acerca de su propio progenitor, que fue jefe del Estado y rey de los españoles entre 1886 y 1931. Me bastaron tan sólo diez minutos para su maduración, y proponerle al hijo menor de don Alfonso de Borbón Austria este improvisado proyecto:

—Señor, ¿aceptaría vuestra alteza el noble reto de la elaboración en conjunto de un libro sobre la vida de su padre el rey a través de su propia visión?

El infante se quedó serio, y con un gesto de interés me respondió:

—¡Mi querido López de la Franca, lo que me dices es un reto muy importante! Déjame valorarlo como se merece y ya te daré respuesta.

Dos horas transcurrieron en aquella memorable visita, la cual culminó en el interior de la Basílica de la Estrella, de arquitecturas cistercienses mudéjares, lugar donde además se había preparado una mesa ex profeso para que firmara el infante en el libro de oro. El silencio del templo nos sobrecogía mientras la luz se colaba libremente por el gran rosetón hasta esquivar nuestras siluetas. Volví a abalanzarse sobre mi cerebro la tercera estrofa de Adriansens: «Nuda osamenta de tan rudas glorias, ¿qué ejército guarece hoy tus murallas? ¿Quién reza en la oquedad que fuera el templo?».

Abandonamos lentamente el castillo saliendo del corazón pétreo de Calatrava la Nueva con nuestros ojos dolidos de ver tan-